Año I. Sábado 17 de septiembre de 1892 Núm. 22.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

REVISTA DE LA QUINCENA

El entierro del concejal de Madrid, el republicano Sr. Espinosa, ha sido tema de empeñadas discusiones entre los Periódicos de diversas tendencias políticas y religiosas. Los Diarios liberales se empeñaron en convertir la fúnebre ceremonia en una manifestación acatólica, atentos á que el desgraciado Espinosa había rehusado los auxilios de la Iglesia, al despedirse de este mundo, y había ordenado en su testamento que se le enterrara civilmente, y en el sitio destinado al sepelio de los que mueren fuera del gremio de la Iglesia católica. Invocaban estos Diarios, para justificar la presencia del Ayuntamiento en el cortejo fúnebre, la igualdad que ante la ley deben lograr todas las creencias religiosas. Los Periódicos ministeriales de la fracción romerista, en la cual milita el Sr. Bosch y Fustigueras, Alcalde de Madrid, se empeñaron en canonizar el acuerdo por éste tomado de asistir al entierro civil, alegando que el Presidente de la Corporación municipal, al dar un tributo de consideración al difunto Concejal republicano, procedió únicamente impulsado por motivos de etiqueta y de compañerismo, dejando á un lado las consideraciones de carácter religioso y viendo en aquella manifestación de duelo un acto humanitario y del todo profano. Los Diarios católicos, «El Pensamiento Católico, La Unión Católica, El Correo Español, El Siglo Futuro,» condenaron con indignación la conducta del Alcalde de Madrid, apoyando sus censuras en la misma Constitución del Estado, según la cual, la religión oficial de España es la católica, apostólica y romana, por lo cual no puede ninguna Corporación oficial, hacer pública ostensión de faltar á las prescripciones de la Iglesia, y el Ayuntamiento de Madrid, figurando en una ceremonia antireligiosa, ha hecho un acto que la Iglesia castiga con penas severísimas.

A nuestro entender, faltó á sus deberes de católico, como persona privada y como alcalde, el Sr. Bosch y Fustigueras, presidiendo el cortejo funerario, ya que debia constarle, como cons-

taba á todo Madrid, que el Sr. Espinosa había muerto fuera del gremio de la Iglesia, y que su entierro era puramente civil, y que los masones y libre-pensadores trabajaban para darle carácter de manifestación anticatólica. Faltó también el Sr. Gobernador de Madrid, no suspendiendo el acuerdo del Municipio, ya que abiertamente era contrario á las leyes constitucionales, según las cuales el Cabildo Municipal debe ser una entidad católica y proceder como tal en todas sus manifestaciones. Y por último faltó también el Gobierno, consintiendo que en la Capital de la Monarquía se diera el escándalo mayúsculo, de realizar una manifestación anticatólica, preparada á ciencia y paciencia de las Autoridades, y en la cual algunas de éstas tomaron parte principalísima. Y si el Gobierno ignoraba lo que hacer pretendían las autoridades subordinadas, debió exigirlas después del acto el tanto de culpa, siquiera para desagraviar á la conciencia pública de los católicos, escandalizados por la adhesión oficial á una manifestación impía, con tanta publicidad preparada. Dios nos libre de Gobiernos conservadores al estilo de los que hoy se usan.

*
* *

Inconvenientísima á todas luces nos parece la conducta de aquellos Diarios católicos, que se han hecho eco de la absurda especie, propalada por *El Liberal*, según la cual, el Embajador de España cerca de la Santa Sede había entablado una acción diplomática, encaminada á obtener de León XIII una Encíclica, semejante á la dirigida á los católicos franceses, para obligar á los españoles católicos á aceptar las Instituciones vigentes y el reconocimiento de la legitimidad dinástica de Alfonso XIII. No es decoroso suponer que se den ciertos pasos para hacer servir al Papa de instrumento de intereses políticos determinados. Novelas tan irreverentes no deben ser reproducidas, sino para exponerlas á la picota de la vergüenza pública. Ni basta, como lo hace algún Diario católico, asegurar que las gestiones del Gobierno se estrellarán ante la independencia del Vicario de Jesucristo; porque la admisión del hecho reprobado, aunque principalmente es ofensiva para el Gobierno, lo es también en algún modo para la Santa Sede, á la cual sólo deben dirigirse peticiones prudentes y decorosas. ¿Creen esos Diarios católicos que no ataca al prestigio de la Santa Sede, el que un Gobierno como el español suponga que el Papa puede apoyar con una Encíclica una causa política determinada, si se ejerce alguna presión diplomática? Si un Gobierno piensa así del Papa, ¿qué concepto formarán del mismo los particulares?

*
* *

Los estragos que el cólera está haciendo en Rusia, Alemania y Francia, y su paulatina difusión por Bélgica é Inglaterra, han apaciguado los sentimientos belicosos de la triple y de la doble alianza, y sólo se preocupan actualmente las Naciones de defenderse ó de preservarse de la asoladora epidemia. Es muy elocuente la lección que la divina Providencia nos está dando, con la actitud de la prensa europea acerca de la propagación del cólera morbo. Empezó este horrible azote castigando á los pueblos de la Persia, donde hizo estragos verdaderamente horripilantes. De la Persia pasó á Rusia, gracias á la vecindad de ambos pueblos y á su frecuente comunicación y trato. Invadida la Rusia, y obligados los judíos á emigrar del imperio moscovita, con ellos pasó el bacillus colérico á Francia y á Alemania; y como la emigración semítica se dirigió hacia el Norte de los países elegidos, en esa dirección misma se ha difundido la epidemia. Hoy queda perfectamente averiguado que los judíos expulsados de Rusia han importado el cólera á las regiones del Occidente y Norte de Europa. Hasta la Francia, que es el país donde más simpática acogida han hallado los emigrantes semitas, se ha visto precisada últimamente á cerrarles las puertas, para que no acaben de infectarla. Y á todo eso la prensa europea, que en su mayor parte es propiedad de los hebreos, aparece como distraída de ese fenómeno gravísimo, y se abstiene cuidadosamente de consignar la responsabilidad que el pueblo maldito por Dios contrae, llevando consigo el germen de la desolación á diversas partes del Continente europeo. Supongamos que una peregrinación de católicos franceses ó alemanes hubiera traído de la Tierra Santa el microbio colerico y se hubiese propagado por Francia y Alemania y otras Naciones; ¿hubiera la prensa liberal tratado á esos peregrinos con el miramiento con que trata á los judíos venidos de las Rusias? Y téngase presente que estos importadores del cólera son extranjeros desconocidos, que vagan en busca del sitio más acomodado á sus aficiones usurarias, y de quienes ningún bien, ni material, ni moral, ni religioso, pueden prometerse las naciones que los acogen en su seno. Pero tienen en abono suyo el pertenecer á la raza que dirige las bancas, las logias y la prensa materialista y libre-pensadora.

*
* *

Cada día es más íntima la relación que une á Giolitti, Presidente del Gobierno italiano, con los sectarios Crispi y Zanardelli. De común acuerdo preparan las próximas elecciones de Diputados. Como Crispi y Zanardelli representan las fuerzas masónicas de la *joven* Italia, claro está que la futura Cámara se distinguirá por su animosidad contra la Santa Sede, y por su adhesión á la triple alianza. De esa animosidad va dando muestras el actual

Gabinete, desde que á él se han aproximado los dos funestos políticos antes mencionados. Recientemente han sido condenados los directores de la *Voce della Verità* y del *Osservatore Romano:* el primero, por haber defendido al Cardenal Oreglia contra los insidiosos y pérfidos ataques de un ex-Prelado; el segundo por haber hablado alto contra los excesos de la plebe sectaria, y la culpable apatia de las autoridades, durante la manifestación católica del 7 de Agosto en honor de Cristóbal Colón. Al mismo tiempo, la prensa liberal pide que se castigue al Sr. Obispo de Liorna, porque se ausentó de su ciudad, para no verse precisado á asistir á la inauguración de una estatua en honor de Victor Manuel, con asistencia de Humberto, y en cual acto indudablemente habian de pronunciarse discursos de tono hostil á la Santa Sede. Y de aquí toman ocasión el *Messaggero* y el *Diritto*, para pedir al Gobierno que disminuya el número de las Diocesis de Italia, castigando con mano fuerte á los Obispos que se atrevan á hacer protestas. La *Tribuna* pide además que el Estado se incaute de los últimos restos del patrimonio eclesiástico, que establezca el divorcio y la obligación de que el matrimonio civil preceda al matrimonio eclesiastico. Y todos los Periódicos sectarios han emprendido una campaña activa, para revestir de la mayor solemnidad, el acto de inaugurar una estatua de bronce. en honor del servita apóstata Fra Paolo Sarpi, en la ciudad de Venecia, el día 20 de Septiembre, aniversario de la ocupación de Roma por las tropas de Victor Manuel. La estatua está ya colocada sobre el pedestal, tiene tres metros de altura, y en las listas de susripción figura por 300 liras Humberto I y por igual cantidad el que era Ministro de la gobernación, Agustín Depretis. Fra Paolo Sarpi, nada podria echar en cara á Arnaldo de Brescia y á Giordano Bruno, y con razón ha dicho de él el *Corriere della Venezia* que *fué digno de los tiempos libres.*

Pero la nota más fúnebre de los propósitos anticlericales que abriga la Italia, la han dado los Periódicos al contestar á un bien pensado artículo de la *Civitá Cattolica* sobre la situación del Papa en caso de guerra. «El Messajero» propone que, declarada la guerra, ocupe el Gobierno militarmente el Vaticano. La *Italia* dice que el Gobierno deberá, en caso de guerra, expulsar de Roma no sólo al Embajador cerca de la Santa Sede, de cualquiera Potencia que luche contra la Italia, sino también á los Eclesiasticos, Religiosos y subditos seglares de aquella Nación. Asi, pues, en caso de una guerra de la triple alianza con la Nación francesa, serían arrojados de la Ciudad Eterna los Cardenales franceses y los miembros franceses de las diversas Congregaciones Romanas y todos los Religiosos y Prelados de la Republica que tuvieran su residencia en Roma. Otras restricciones que indican los Periódicos oficiosos, demuestran bien á las claras que, en caso de guerra, el

Papa quedaría incomunicado con el mundo católico y materialmente prisionero en el Vaticano.

* * *

Sobre la situación que un *casus belli* podría crear al Papa, tienen verdadera importancia las declaraciones hechas en el Congreso Católico de Maguncia por el Conde de Ballestrem, quien á la muerte del insigne Windthorst tomó la jefatura del centro católico alemán. Tratando de la manera de conciliar las reivindicaciones del poder temporal, con el fin perseguido por la triple alianza, se expresó en estos términos:

«Nuestros enemigos nos presentan esta cuestión á cada instante, y la *Gaceta de Colonia* ha llegado hasta decir que se alegraba de ver que el Papa era una dificultad para los católicos. De todo esto nos reímos nosotros los católicos, y declaro que los dichos de la *Gaceta de Colonia* constituyen á la vez una impertinencia y una ofensa. El Papa es nuestro Jefe al cual debemos amor, fidelidad y obediencia. El Papa no puede ser nunca una dificultad para nosotros, porque siempre le estaremos sumisos y nos colocaremos siempre á su lado y confesaremos lo que él confiesa. Estamos con él inseparables y constituímos la guardia de Su Santidad. Pero esto no impide que reconozcamos los tratados intercionales concluídos por los poderes públicos con Potencias extranjeras en favor del mantenimiento de la paz; tratados que reconocemos como necesarios por el momento.»

Examinando luego la actitud de los católicos alemanes ha dicho el conde de Ballestrem: «Se ha pretendido que bajo este respecto, habíamos nosotros cambiado después de la muerte de Windthorst, pero para demostraros la falsedad de tales afirmaciones, debo declarar formalmente que me he apropiado todo lo que el Sr. Windthorst dijo, á este propósito, en los congresos anteriores, y muy particularmente en el de Friburgo el día 6 de Septiembre de 1888, en el cual declaró que la restitución al Papa de su soberanía temporal, lejos de debilitar la acción de la triple alianza en favor del mantenimiento de la paz, la consolidaría notablemente, á lo cual no tengo que quitar ni añadir una *jota*.»

UN ACADÉMICO.

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

Nos adherimos con entusiasmo á ellas, y contemplamos con placer, como las naciones todas de uno y otro Continente han respondido, con general y benévola aceptación, al llamamiento que se les hizo para conmemorar uno de los más faustos acontecimientos que registran los humanos anales. Para todo amante de la civilización y sobre todo para los que ostentamos los nobles títulos de católicos y españoles, en estos días en que el mundo entero celebra el descubrimiento de América, es deuda

sagrada y de honor, contribuir, cada cual en el modo y forma que le sea posible, á extender, propagar y perpetuar la gloria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Ha sido siempre signo del grado de civilización y cultura de un pueblo, el mayor ó menor respeto con que ha recordado á sus hombres ilustres pertenecientes á pasadas generaciones, y la menor ó mayor admiración y homenaje que les ha tributado. Por esto los pueblos civilizados del viejo y del nuevo Mundo no hubieran podido, sin vergüenza y oprobio suyo, dejar transcurrir la fecha gloriosa que señala cuatro siglos desde que Colón, ensanchando los ámbitos de la tierra, dió al viejo Mundo, un Mundo nuevo, sin mostrarse obligados y agradecidos al inmortal Navegante. Pocas fiestas, y quizás ninguna otra, como no sea la venida del Redentor, puede citarse, que influyera tan poderosamente en la vida de todos los pueblos, como el descubrimiento de Colón. El nuevo Continente recibió del antiguo la luz del Evangelio, y con ella tierras inmensas entraron en el concierto del mundo civilizado, y millones de seres salieron de la oscuridad y tinieblas del salvajismo y barbarie en que se hallaban sumidos, para adquirir un alto grado de cultura y civilización. El viejo Continente á su vez en sus relaciones con el nuevo, vió cómo se transformaba por completo la vida de la trabajada Europa.

La obra de Colón es tan excepcional y tan incomparablemente grande, que no ha encontrado todavía poeta de bastantes alientos para cantarla. El tiempo, ese feroz destructor de los recuerdos humanos, concluye con los más soberbios monumentos materiales. El tiempo no concluye sin embargo con los monumentos literarios. Por Homero vive todavía la antigua Grecia y por Virgilio la vieja Roma. Mejor asunto y más real que en la Eneida y en la Iliada, podría hallar el poeta en la explendorosa epopeya del descubrimiento y conquista de América. ¿No habrá jamás en nuestra España un genio que la cante?

***

Inútiles han sido cuantos esfuerzos se han hecho, para disminuir el extraordinario mérito, para amenguar la inmarcesible gloria de Cristóbal Colón. Su obra es imperecedera y su gloria ha de perpetuarse radiante y diáfana al través de todas las generaciones. Los modernos filósofos de la historia, muchos de los cuales, en su afán de erudición y novedad, necia y torpemente llegan á reputar por el mayor de los méritos que pueden aquistarse la defensa de los peores absurdos y la negación de las más claras verdades, han querido también poner á contribución de su despiadada y muchas veces insulsa y torpe crítica, la personalidad de Colón y lo heroico de su empresa y lo justificado de sus glorias.

En su empeño de disputar lo indisputable, llegaron algunos hasta la duda sobre la existencia de personalidad tan clara de suyo y tan rigurosamente cierta como la personalidad de Colón. Deseosos de mostrarse eruditos otros, sacaron á relucir cosa tan vieja, como la fábula de los antiguos argonautas y la leyenda griega de los esposos Medea y Jason, recordando la Cólquide y el vellocino de oro. Quien, como si no bastaran los desprecios, afrentas é insultos, las penas y amarguras que en vida sufrió Colón, las esposas y grilletes con que vió sujetado su noble cuerpo, y la soledad, el abandono y la miseria en que le dejó morir su patria, ha querido después de su muerte oscurecer su glorioso nombre, atribuyendo á un aventurero portugués, Américo Vespucci, toda la gloria del descubrimiento, arrebatando á Colón este justísimo derecho. Quien atribuyéndole el hecho del descubrimiento, quiso amenguar su mérito, negándole que hubiese sido el primero en pensar en la existencia de antípodas y de nuevas tierras, sacando á relato misteriosos islandeses é infelices náufragos. Quien, en fin, animado de sectario espíritu, quizás no tanto con el fin de rebajar á Colón, como con el de arrebatar á la Iglesia Católica al que ella considera como uno de sus más ilustres hijos, al ver que la Iglesia hacía resaltar la acendrada fe, el cristiano espíritu y hasta la ardorosa piedad que siempre en Colón resplandecieron, acudió á calumniosas fábulas, y se habló de insaciables codicias y de impúdicos amores, y de cortesanas y matronas cordobesas, y de correrías y aventuras y de hijos naturales. ¡Tiempo lastimosamente perdido, sobre ser tarea horrorosamente culpable!

Si entre los racionalistas, que desgraciadamente constituyen parte numerosa de nuestra sociedad, se discute todos los días sobre Dios, sobre las más altas verdades religiosas, y hasta sobre la misma venida al mundo de nuestro Redentor, ¿qué extrañeza tiene que entre racionalistas, pues sólo entre ellos se discuten tan altas verdades, se haya querido discutir también sobre los méritos y la gloria y hasta sobre la misma existencia del inmortal Colón? Pueden algunos racionalistas llevados sólo por el afán de echárselas de innovadores en erudición, haber hecho de la gloria de Colón una de las más discutidas y contestadas; pero las naciones civilizadas todas del orbe, al responder espontánea y unánimemente al llamamiento que se les hizo, para la celebración del Centenario de América, al mandarnos todas ellas buques que las representasen en los festejos de Huelva, asociándose á las fiestas y honores que á Colón tributamos, han venido á decir que reconocen como verdadera nuestra historia patria, que son inútiles los esfuerzos de aquellos presuntuosos críticos, inútiles sus divagaciones y dudas, inútiles sus argumentos y disquisiciones, inútiles sus fábulas y mentiras; han venido á decirnos que los méritos, las virtudes, la gloria de Colón son inmarcesibles y perdurables.

Distintas ciudades de Europa y de América han levantado á Colón soberbios monumentos, para recordar á todas las generaciones la fe en Cristo, las virtudes cívicas y el amor á la civilización de un varón portentoso. En Europa y en América deben celebrarse en honor de Colón grandes festejos. Españoles y americanos se reunirán dentro poco tiempo en congreso, en la Capital de España, y allí reunidos en fraternal abrazo, juntos saludarán al heroico Navegante, y á la hoy tan pobre, antes tan floreciente, pero siempre hidalga nacionalidad española que ha dado á la mayor parte de los pueblos del Continente americano su civilización, sus costumbres y su propia habla. Por fin, el Jefe Augusto de la Iglesia de Cristo ha dicho al mundo entero, que Colón fué un varón extraordinario digno de honor y enaltecimiento. La gloria de Colón es pues entre todas las glorias humanas, la más grande, y la más indiscutible é incontestable, por mucho que algunos con temerario empeño hayan querido amenguarla y hacerla contestada y discutida.

* * *

Como católicos, como españoles y hasta como catalanes, los que tal seamos, tenemos el deber imperiosísimo de hacer cuanto de nuestra parte esté, para ocupar puesto preferente en los festejos que el mundo dedica á conmemorar el descubrimiento de América. Como católicos, porque Colón nos pertenece; Colón *es de los nuestros*, según la gráfica frase de nuestro sapientísimo León XIII. Colón más que genovés ó español fué católico, y entre los católicos de los buenos, y entre los buenos de los mejores. Digan y calumnien cuanto quieran pseudos-filósofos y críticos protervos. Jamás el vejamen y la calumnia podrán levantarse del lodo de la tierra por donde se arrastran, para llegar á las purísimas y serenas regiones donde explendorosamente brillan las heroicas virtudes y la extraordinaria grandeza de alma y de ingenio de aquel portentoso hombre de la Liguria. Colón fué un sabio que reportó á la humanidad bienes inenarrables; pero Colón era á la vez virtuosísimo cristiano y piadosísimo católico. ¿Qué móvil podía impulsar á Colón y darle aliento, para que á trueque de un sin fin de insultos, desprecios y amarguaras persistiera en su empeño? ¿Una sórdida codicia como torpemente, á nuestro entender, ha querido suponer un ilustre repúblico español? Fué nombrado virey de las Indias y vivió casi siempre en la estrechez y murió pobre y miserable. ¿Difundir la ciencia y la civilización? Sin duda alguna anhelaba Colón extender los confines de la ciencia y de la civilización, acrecentando el público bienestar; mas ¡ah! que no fueron éstos los principales ni mucho menos los únicos móviles que condujeron á Colón á la realización de su empresa, la más grande y la más maravillosa entre las empresas

humanas. El móvil principal que guió á Colón, el que le comunicó alientos para soportar las grandes fatigas y crueles martirios á que se le sujetó en vida, fué su acendrada fe católica; el deseo de glorias divinas, no de honores terrenos, el deseo ardentísimo que inflamaba su espíritu de llevar la doctrina de Jesucristo á remotas regiones y á millones de almas. Colón mismo es quien nos lo dice. Demuéstralo superabundantemente la historia de los hechos, nos dice León XIII en su Encíclica sobre Colón, que ha sido admiración del mundo. Si las cartas que escribió Colón son su mejor y principal historia, como ha dicho Menéndez Pelayo en su último y celebradísimo trabajo sobre el Centenario, acudamos á sus cartas y veamos qué es lo que Colón nos dice en ellas. Al dirigirse Colón por primera vez á los reyes Isabel y Fernando, para que no desmayaran ante la magnitud de la empresa, les expone que *sería imperecedera su gloria llevando el nombre y la gloria de Jesucristo á tan remotas regiones.* Logrado ya su propósito, escribe Colón: «*pido á Dios que los Reyes, ayudados por la gracia divina, perseveren en llevar á nuestros mares y playas la luz del Evangelio.*» En carta dirigida á Alejandro VI instándole á que envíe misioneros á las Américas, dice Colón: «*Confío con la ayuda de Dios, en poder ya propagar ampliamente el Sagrado Nombre y el Evangelio de Jesucristo.*» Al volver de su primer viaje escribe desde Lisboa á Rafael Sánchez: «*Demos gracias inmortales á Dios que nos otorgó benigno tan próspero suceso; gócese y triunfe Jesucristo en la tierra y en el cielo; pues está ya tan próxima la salvación de innumerables gentes que hasta ahora vivían en la perdición.*» Al pedir á Isabel y Fernando permitieran sólo á los cristianos establecer comercio con los indígenas, daba como razón de su súplica «*que el principio y fin de su empresa fué siempre* SÓLO *el incremento y el honor de la Religión cristiana.*» ¿Se quieren mayores pruebas de que lo que estimulaba á Colón y le dió alientos, para que no se desalentara en su empresa, fué su ferviente deseo de propagar la gloria de Dios y las doctrinas de Cristo? Así lo comprendió ya en aquellos días la magnánima y excelsa reina Isabel cuando aseguraba que «*Colón afrontaría valerosamente el vasto Océano, á fin de llevar á cabo una empresa de gran importancia para la gloria de Dios,*» y al mismo Colón, de vuelta de su segundo viaje, le escribía aquella piadosísima Reina «*que no se podía haber dado mejor empleo á los gastos que se habían hecho y á los que estaba pronta á hacer para la expedición de las Indias, porque así se conseguiría la difusión de la cristiandad.*» La gloria de Jesucristo, la difusión del Evangelio, la idea cristiana, fué pues la principal generatriz de aquel gloriosísimo y sin igual acontecimiento. El descubrimiento de América y su inmortal descubridor pertenecen de lleno al Catolicismo. Quien intente negarlo tendría antes que destruir lo que es de suyo indestructible: la Verdad y la Historia.

* * *

Si pues como católicos estamos altamente interesados en que las fiestas del Centenario resulten dignas del excepcional acontecimiento que conmemoran, y del Varón insigne á quien están dedicadas, no lo estamos menos por razón de la nación á que pertenecemos. Españoles somos y á nuestra amada España, á nuestra nobilísima patria, corresponde íntegra y exclusivamente la gloria del descubrimiento. No, no existe pueblo alguno de la tierra que por mucho que registre su historia, pueda presentar una página mejor ni igual á esta página brillantísima de nuestros anales patrios. No queremos ofender la ilustración de nuestros lectores, insistiendo acerca de un asunto que ha de ser de ellos sobradamente conocido.

Pero sí que algo hemos de decir por lo que se refiere á nuestra pequeña patria, á nuestra región, á nuestra amada Cataluña, por lo mismo que en lo concerniente á la parte que Cataluña tomó en el descubrimiento de América, no se ha vulgarizado tanto el conocimiento de los hechos, por causas que no es del momento oportuno examinar.

Desde lejanos tiempos, debido á ciertos vicios de que ha adolecido siempre la historia y la literatura patria, se venía atribuyendo de un modo exclusivo y con harta injusticia á los reinos de Castilla y León, lo que fué obra común y general de la nacionalidad española. Dígalo el famoso dístico

A Castilla y á León
nuevo mundo dió Colón.

y que nosotros de conformidad en este punto con lo manifestado por D. Victor Balaguer en el discurso pronunciado, durante el pasado invierno, en el Ateneo de Madrid, creemos debería ser sustituído por éste otro más conforme con la verdad.

A la española Nación
nuevo mundo dió Colón

Injusto, injustísimo es en efecto, que merced á sistemáticos y odiosos exclusivismos, se atribuya á dos solas regiones, aquello en que todas las regiones de España tuvieron parte más ó menos principal. Por lo que se refiere á Cataluña, recuérdese que por distintos conceptos y de diversos modos, tuvo representación importante en aquel fausto acontecimiento. Recuérdese que Rey de Aragón y Conde de Barcelona era el patrocinador de aquella heroica empresa. Catalán era Luís de Santangel, que prestó la cantidad para construir las célebres carabelas. Catalanes eran Jaime Ferrer y Pedro Margarit, prestador el primero de diversos instrumentos cosmográficos que debieron servir para la expedición, y caudillo el segundo de la primera fortificación que se construyó en el Nuevo Mundo. Catalán fué el primer Patriarca de las Indias, y catalanes los diez monjes benedictinos

primeros evangelizadores de los indígenas. Tierra catalana fué la primera en que descansó Colón, al regresar de su primer viaje, y la en que fué recibido por los Católicos Reyes, la que primera entonó el *Te-Deum* en acción de gracias al Todopoderoso por el glorioso acontecimiento.

No es ello poco y de escasa importancia para que lo echemos en olvido. Tenemos derecho y deber de recordarlo, y recordándolo tener la correspondiente representación en las fiestas del Centenario.

***

La Religión y la Patria de común acuerdo nos llaman á conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Como católicos, como españoles y hasta como catalanes los que tal seamos, tenemos el deber, que no podemos eludir sin grave pecado de lesa patria, de dar cuanto nos sea posible honor y gloria al piadosísimo cristiano, y varón esforzado, insigne navegante, al inmortal Cristóbal Colón. Glorificando á Colón, glorificamos también á nuestra Religión y á nuestra amada España, que harto necesita para regenerarse, del recuerdo de sus pasadas y no escasas glorias; glorificar á Colón es entonar un himno de gratitud á nuestra sacrosanta Religión; es cantar los heroísmos de la patria y las excelencias de la fe; es tributar justa y debida recompensa á un héroe extraordinario; es estimular ála imitación; es infundir á la generación presente y con ella á nosotros mismos ánimo y alientos para las heroicas virtudes y las grandes empresas; es en fin recordar á los españoles, que el camino de la laboriosidad, de la constancia, de la virilidad de ánimo, de la entereza de carácter, y de la cristiana virtud que tanto en Colón resplandecieron, es el único que podría nuevamente conducir á nuestra patria á la obra definitiva de su regeneración y prosperidad.

Debemos pues todos, cada cual en la medida de sus fuerzas, procurar que las fiestas del Centenario sean lo más expléndidas posible, pero siempre, en cuanto ellas se dirijan á los fines antes expuestos, esto es, en cuanto se dirijan á glorificar á España ó á los héroes que fueron, estimulando á los ciudadanos de hoy á imitar sus virtudes. Tomar fecha tan memorable y gloriosa de suyo como la del cuarto centenario del descubrimiento de América, simple y únicamente como motivo, como pretexto para unos cuantos días de jolgorio y diversión, sería el signo más patente de una sociedad en plena decadencia moral, social y hasta política.

NARCISO PLÁ Y DENIEL.

EL 20 DE SEPTIEMBRE

El día que nos sirve de título, es aniversario 22 de la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel, delegado de la fracmasonería europea para despojar al Papa de sus dominios temporales. Aquel acontecimiento, que pareció de escasa importancia al ser realizado, porque entonces la atención de los políticos estaba fija en Francia, donde los ejércitos alemanes caminaban de victoria en victoria hacia Paris, tuvo, sin embargo, más influencia en los destinos de la Europa, que los sorprendentes triunfos logrados por la previsora estrategia del famoso Moltke. Pero la Revolución de un lado y los católicos de otro, dieron entonces, y han dado siempre más en lo sucesivo, valor trascendental al despojo de los Pontífices Soberanos: los revolucionarios conmemoran con alborozo ese aniversario, mientras los católicos renuevan todos los años sus protestas y reclaman el derecho que tienen á la Ciudad pontificia. Según los Diarios italianos, para celebrar la ocupación de Roma, la Sociedad *Giordano Bruno* ha invitado al trígamo y megalomano Crispi, á dar una pública conferencia en Roma el día 20 de Septiembre. Otras sociedades revolucionarias, así de Roma como de diversas poblaciones de Italia, están organizando meetings, para enaltecer, en el calendado día, la caída del poder temporal de los Papas y la unificación política de la Península. Los católicos, en sus asociaciones y en sus Periódicos, ponen de manifiesto la injusticia, la perfidia y la sacrílega impiedad con que procedieron los hombres de la Revolución al cañonear la Puerta Pía y al declarar al Papa prisionero en el Vaticano.

Pero fijándose en el fondo de las cosas, se observa que la Revolución no está satisfecha de su obra. El aniversario del 20 de Septiembre de 1870, no es el eco de un himno de triunfo. Apenas si los oradores de los meetings recuerdan la entrada en Roma de las tropas revolucionarias. La nota dominante en todos los discursos es la del desengaño, más ó menos disimulado; un grito de guerra al Papado resuena en los antros masónicos, como si la obra de descatolización estuviera en sus principios; los Periódicos del libre-pensamiento, lejos de ponderar las conquistas alcanzadas, intentan enardecer los ánimos contra la Iglesia Católica y su Jerarca supremo, cual si nada contra ellos se hubiera logrado hasta el presente; más que el entusiasmo de los vencedores, se manifiesta en todos los clubs revolucionarios la desesperación mal comprimida de los vencidos. Todas esas manifestaciones, todos esos discursos, todos esos artículos, reducidos á una síntesis que contenga su verdadero sentido, vienen á decir lo siguiente: «Veintidos años hace que ocupamos la

Capital del Catolicismo y la declaramos Capital de la Revolución triunfante; y á qué se reduce nuestro cacareado triunfo? Veíamos en la caída del poder temporal de los Papas, el preludio de la caída de su poder espiritual; ¿y cuándo en la época moderna fué tan decisiva la influencia de los Pontífices Romanos? Cuándo gozaron de tanto prestigio? Cuándo fué tan ferviente y universal la adhesión de los católicos á su Jefe? Cuándo las miradas de todo el mundo se dirigieron con tanto interés hacia el Vaticano? Hemos formado la unidad italiana, pero nada hemos logrado contra la Iglesia Católica, y aún aquélla está constantemente amenazada por la creciente influencia del Vaticano.»

Indudablemente que la Revolución ha perdido la batalla tan brillantemente iniciada para ella el 20 de Septiembre, con la entrada triunfal en Roma: ha quitado al Papa sus dominios temporales, pero no ha debilitado en lo más mínimo la fuerza moral del Pontificado. Aquella usurpación sacudió á los católicos, dispertándoles del vergonzoso sueño del indiferentismo en que indolentemente descansaban. Los lamentos del Prisionero del Vaticano resonaron en sus oídos, como sentencia condenatoria del abandono en que habían dejado á su Padre Santísimo, y se sintieron lastimados en su dignidad de creyentes, y se apercibieron para reparar con su adhesión amorosa y con su actitud resuelta á toda clase de sacrificios, la criminal indiferencia en que habían hasta entonces vivido, y enviaron mensajes de fidelidad á la Santa Sede, y corrieron á Roma para prosternarse á los pies del Vicario de Jesucristo y ofrecérsele incondicionalmente. Iniciado ese movimiento reparador, Dios llama á ocupar la Cátedra de San Pedro al hombre más grande de nuestro siglo, quien además de fortalecer las esperanzas de los creyentes, logra imponerse por su genio vastísimo y sus altas miras y sus arranques generosos, á los diplomáticos todos de la Europa, rodeando á la Sede Pontificia de un prestigio que hacia siglos no había alcanzado. La Revolución tembló por su obra; comprendió que no podría llevar adelante sus planes descristianizadores, y arrimó sus hombros á sostener á toda costa la posesión de Roma, que nunca había sido, como lo era entonces, el centro moral y religioso del mundo civilizado. El Prisionero del Vaticano recibía el homenaje de todas las inteligencias sanas, de todos los corazones generosos, y con el resplandor que irradiaba la aureola gloriosa que le circundaba, eclipsaba por completo la pálida majestad que vagaba por los salones silenciosos del Quirinal. El Anciano del Vaticano, sentado sobre la cumbre de las grandezas humanas, y viendo pasar ante sí, descubiertas y reverentes, las generaciones cristianas, las bendecía con amor, y con su cetro inmortal les señalaba el camino que debían recorrer para perfeccionar su cultura y asegurar su bienestar; mientras que el jefe coronado de la Revolución, extranjero en su palacio de Roma, mira con

recelo el porvenir y teme verse obligado á desalojar la Ciudad pontificia.

Para asegurar Roma á la Revolución, fué preciso cambiar el eje de la política tradicional de la Italia, y hasta cambiar los puntos de apoyo del equilibrio europeo. La empresa era gigantesca y descomunal, y como la posesión de Roma era cuestión de vida ó de muerte para la Revolución, todas las sectas secretas y todas las fuerzas acatólicas, ayudaron en su empeño á la monarquía saboyana. La Alemania ejercía la hegemonía en Europa, apoyada por la alianza de Austria y de Rusia: la triple alianza de los imperios del Norte, dejaba á la Italia expuesta al empuje creciente de las oleadas del Mundo católico, que avanzaba hacia Roma, en demanda de la libertad é independencia del Pontificado. Italia acudió á Berlín, pidiendo garantías para la continuación del Rey liberal en Roma, y todas las fuerzas del liberalismo apoyaron sus pretensiones, y esa Italia, la aliada tradicional de Francia, á quien debía la realización de su unidad política, que ahora quería asegurar, tuvo que abandonar á su antigua aliada y protectora y declararse enemiga suya; esa Italia, enemiga irreconciliable de Austria, á la cual había lanzado de la Península, y contra la cual seguía reclamando el Tirol y Trieste, tuvo que jurar amistad sincera al imperio de los Absbourgos; Rusia y Francia, las rivales eternas é irreconciliables, y que además representaban dos tendencias políticas antitéticas, tuvieron que ligar sus intereses y concertar monstruosa alianza. Se estableció un equilibrio europeo contrario á las aspiraciones nacionales, contrario á las tradiciones de los pueblos, contrario á los compromisos diplomáticos vigentes. En 20 de Septiembre de 1870, era imposible creer que, para asegurar la conquista que la Revolución hacía en Roma, sería preciso que esa Italia, que ahora enviaba voluntarios á combatir en Francia contra los alemanes, había de unirse á éstos contra los franceses; que esa Austria que se había declarado la protectora oficial de la Santa Sede contra Italia, había de unirse á ésta para asegurarla la posesión de Roma, y que la que había sido lanzada de la Confederación germánica por la Prusia, había de apoyar á ésta en sus compromisos con Italia; y que esa Rusia que había sido invadida y atacada en Moscou por Napoleón el Grande y en Sebastopol por Napoleón el Chico, había de buscar la amistad de la Francia Republicana. ¡Tanta importancia ha dado el mundo á la posesión de Roma!

Cierto que Italia puede gloriarse de haber cambiado el centro político de las naciones europeas para asegurarse en Roma; pero cuántos y cuán costosos sacrificios no ha debido imponerse, para no perder esa conquista material de la Ciudad Eterna! Ha tenido que hacer el sacrificio de su dignidad, separándose de Francia y aliándose con Austria; y ha tenido que arruinarse para formar su

formidable escuadra y aumentar inconsideradamente su ejército. Para figurar con honor entre las grandes potencias militares, se ha impuesto cargas superiores á sus fuerzas, agobiando á los pueblos con exorbitantes tributos que ciegan las fuentes de la pública riqueza. Es el país que más emigrantes envía á las Américas, porque es el país más pobre de Europa. Y con todo, tiene que tributar como si fuera un país rico. Pero las lamentaciones del país tributario son ahogadas por las exigencias de la *megalomanía* que agita á sus hombres políticos; y ni aún la visita de sus soberanos á Berlín ha sido eficaz, para poder disminuir el presupuesto de 400 millones á que ascienden los gastos del ejército. Proporcionalmente cuesta mucho más á Italia la posesión de Roma que á Alemania la posesión de la Alsacia y la Lorena. Y eso que la ocupación de Roma no era sino el primer paso que se daba para llegar á la destrucción del Pontificado, y el Pontificado está hoy más floreciente y vigoroso que cuando las tropas revolucionarias penetraron en Roma. ¡Cuán poco ha conseguido la Revolución, y cuánto sacrificio le cuesta el conservarlo! Verdaderamente que ahí está el dedo de Dios: *Vere digitus Dei est hic.*

J. Abril.

¡LUZ! ¡LUZ!

I

Con un nobilísimo desinterés, con un celo digno de toda alabanza, el Excmo. Sr. Gobernador de nuestra provincia, apenas posesionado de su cargo, ha emprendido una tarea bien importante y bien ímproba, que ha producido ya palpables resultados y que mayores todavía los ha de producir si no acontece en el presente caso, lo que suele ser tan común en los organismos de la Administración española, esto es, que el tiempo adormezca y después aniquile las energías desplegadas ahora con tanto rigor. Habrán ya comprendido nuestros lectores que nos referimos á la campaña actualmente emprendida en pro de *la moralidad*, permítasenos usar la palabra más genérica, que también á nuestro juicio es la de mayor tecnicismo administrativo. Reviste esta campaña una doble manifestación; por un lado se dirige á evitar y reprimir en lo posible la inmoralidad comprendida en el círculo de lo inmundo, de lo asqueroso, de lo obsceno, de lo pornográfico; y por otro tiende á evitar y á reprimir también en lo posible á una inmoralidad, que si á primera vista es menos repugnante, no deja de ser sin embargo igualmente grave, por cuanto es una inmoralidad que exclusivamente se ceba en la ignorancia, y que explota miserablemente á los desgraciados, cuya inteli-

gencia no se ha abierto aún á la luz explendorosa de la civilización contemporánea, merced á una tupida red de curanderos, adivinos, saludadores, echadores de cartas, brujos y brujas, etc.; embaucadores de oficio todos, parásitos monstruosos que á espaldas del Código penal y ocultos en las sombras, cual los hijos del crimen, chupan la sangre del prójimo ignorante, sin emplear otros trabajos que chuscas parodias del milagro, envueltas en los humos del misterio.

De esta plaga cruel, que azota todavía á buena parte de seres que viven en la plenitud de la luz de nuestro siglo, vamos á ocuparnos, siquiera sea muy brevemente.

¿Cuál es su causa? Aunque no seamos canonistas, permítasenos aquí, que en vez de contestar, apuntemos un celebérrimo Canon de nuestra Iglesia, que enseña una gran verdad, y que en este caso viene como de molde á la pregunta. *Ignorantia mater cunctorum errorum*, dijeron los santos Padres de un memorable Concilio, fuente de muy importantes leyes eclesiásticas. Sí, la ignorancia madre de todo error, tanto de inteligencia como de voluntad, es la causa que ha engendrado la pléyade numerosa de las sanguijuelas que hemos acabado de nombrar. Sin la ignorancia—sin *la lana*, palabra más vulgar, pero más expresiva—el odioso modo de vivir de tales especuladores, dejaría forzosamente de existir. Huelga demostrarlo.

Y hemos hecho hincapié sobre la causa del mal que estamos lamentando, porque en vista de la misma es posible deducir, por una parte, cuál podrá ser la eficacia de las medidas de la especie de las que ahora, conforme las disposiciones legales previenen, ha tomado nuestra primera Autoridad civil, si estas medidas son aisladamente dictadas y observadas, y, por otra parte, es posible indicar cuál debe ser el verdadero y capital remedio que oponer á la plaga que ha de constituir, y constituye, un bochorno para toda nación civilizada en nuestro siglo.

Evidente es, desde luego, que cuantas órdenes se dicten por la autoridad, para impedir el tráfico ilícito de los vividores á que nos estamos refiriendo, por más que sean fiel y exactamente cumplidas, no han de bastar ni de mucho para conseguir total ó casi totalmente el fin propuesto, mientras existan, en el considerable número que ahora, quienes se presten á dar quehacer á los que quieran dedicarse á la maléfica industria. Mientras haya quienes deseen someterse á la acción de un curandero ó de un oráculo, la policía sólo podrá poner estorbos más ó menos intensos ó duraderos, pero no conseguirá evitar en absoluto que realicen el objeto propuesto; del mismo modo que, por ejemplo, la policía podrá estorbar considerablemente los juegos prohibidos, pero es incapaz de impedirlos en absoluto; para lograrlo sería necesario que hubiere tantos agentes como ciudadanos, tantos guardianes como guardados. Y no debe ser poco, por des-

gracia, el número de víctimas que forma la parroquia ó clientela de los dedicados á este indigno modo de negociar. Nada rezan de esto las estadísticas, porque las estadísticas no suelen alcanzar lo que se ejecuta en los antros de tinieblas: pero recordamos nosotros y siempre recordaremos, porque es bien significativo, y para muestra basta un botón, el suelto publicado por los diarios locales, apenas iniciada la muy loable campaña del Gobernador, según el cual, al ser descubierto en su habitación un nigromántico por los agentes de la autoridad, estaba éste despachando con *dos* personas y aguardaban turno en un recibidor inmediato *seis* personas más. ¡Contados son los médicos, abogados y corredores que reunen á la vez en su despacho este número de clientes! Pues bien: por más y más que sean las batidas que haga dar la Autoridad, y aún suponiendo que jamás la Autoridad incurriera en el más leve descuido, en lo que á esta materia respecta, ¿es creíble que los que á un curandero, á un nigromántico recurren, renunciarán definitivamente y para siempre los servicios de aquel que remedia, creen, sus dolencias, ó consuela sus aflicciones, haciéndoles ver proféticamente lo que ha de suceder? ¿No es mucho más lógico y probable, que tales individuos, al verse privados por la fuerza de sus remediadores y patronos, han de buscar el medio de evadir y burlar la ley y volver á las andadas, apenas llegada la primera ocasión propicia?

No es con la fuerza, sino principalmente con la persuasión, como se debe extirpar la plaga que nos ocupa. Ella deriva de la ignorancia; persiguiendo á la ignorancia es como se la debe reprimir y extirpar; del propio modo que cuando aparece una enfermedad, no basta atender á los síntomas externos, sino que precisa extirpar la causa. Las medidas que ahora, por ejemplo, ha tomado nuestro Gobernador, son en sí excelentes; pero aisladas, á la corta ó á la larga, efímero resultado han de producir, si no se procura por todos los medios y por todas las personas y entidades, y particularmente por el Estado, combatir, y combatir sin tregua ni reposo, la ignorancia, madre de todos los males y errores, como dijo tan bien el sabio Concilio antes mentado. Mientras la ignorancia, mezclada con la desconfianza respecto á cuanto ofrece carácter científico, por una parte, y con las supercherías propias del más grosero fanatismo, por otra, impere en ciertas esferas sociales, la autoridad gubernativa verá siempre casi infecundos cuantos trabajos y desvelos emplee, para combatir el mal jamás bastante deplorado. A reducir la ignorancia hasta los más estrechos límites imaginables, es á donde se deben dirigir, con energía grave é intensa, si bien pausada, las gestiones que emanen de las esferas oficiales.

Desgraciadamente en España poco, ó mejor, nada, se hace en este sentido; del mismo modo que tampoco se hace nada, ó casi nada, en el propio sentido por parte de la acción oficial,

para atacar de raíz la exhuberancia de criminalidad y la exhuberancia del vicio y licencia manifestados por los escándalos del juego, y los abusos de lo que ha venido á recibir el nombre de pornografía. Porque en España, pena causa decirlo, apenas se instruye y apenas se educa por iniciativa del Gobierno. No hace muchos meses que lamentó con hermosa frase el diputado señor Pi y Margall este mal, echando un intencionado discurso sobre la ignorancia en España, que fué no menos brillantemente contestado desde el banco azul por el Sr. Cánovas del Castillo; la cosa empero se redujo á tratar de averiguar, á quién es debida la ignorancia española, si á los gobiernos distintos que han ocupado el poder; ó bien si al estado de letargo en que intelectualmente, se dijo, se hallaba España antes del 35, año en que la influencia social del clero en nuestra patria sufrió uno de los golpes más rudos y brutales que registrar puede la historia. Es decir, sólo agudezas de ingenios, sólo juegos oratorios, es, á nuestro concepto, lo que produjo el torneo parlamentario, por cierto interesante, habido entre el insigne republicano y el caudillo conservador-liberal; resultado práctico ninguno; pocas semanas hace, con profundo sentimiento hemos leído todos los españoles, que en una reunión de maestros de instrucción primaria, celebrada en cierta región andaluza, acordaron éstos salir á implorar la pública caridad, y que uno de ellos en uno de los más céntricos parajes de la capital fué hallado pidiendo limosna. Mientras este miserable estado de cosas continúe, nada bueno se espere de las campañas moralizadoras, no se espere ver disminuida la criminalidad, no se espere ver reducido el espantoso número de suicidios que al año se registran, no se espere ver atrofiada la plaga constituída por gente que especula con el ignorantismo ajeno. La ignorancia, y sobre todo la ignorancia religiosa, ese cáncer, oculto á simple vista, que corroe las entrañas de las capas sociales más desgraciadas, es el verdadero monstruo contra el cual se debe dirigir preferentemente la acción de los gobiernos, acción que los particulares están en el deber de secundar y completar con todas sus fuerzas. De este modo se extirpará de raiz un sinnúmero de males, que otros medios no podrán evitar, porque si no desaparece la causa, jamás desaparecerá el efecto. Difúndase la instrucción entre todas las clases sociales, procúrese que nadie quede á ella sustraido, no se alimente jamás el espíritu de superchería, favorito hasta hoy del inmenso número de seres débiles, que estando en plena civilización, viven no obstante lejos de ella, y de seguro se secarán muchas llagas gangrenosas, que hoy afligen á la sociedad contemporánea. Hora es ya de que todos gritemos al unísono, las palabras que en angustiosos momentos pronunciaba Goëthe: ¡Luz! ¡Luz! ¡más luz!

Debemos continuar sobre este tema.

J. Puig de Asprer.

JUVENTUD Y SANTIDAD

Era el año de 1236. Los Condes de Aquino, Landulfo y Teodora, residían á la sazón en el castillo de Loreto, situado en una eminencia del Piceno, al Occidente del puerto de Ancona. Aunque los Condes poseían ricos Estados en las Calabrias y en la Campania, pero la Condesa Teodora prefería pasar el verano en Loreto, por ser un sitio deliciosísimo en la estación de los calores. Loreto no se parecía en nada á lo que es en nuestros días. Todavía los ángeles no habían trasladado allí la milagrosa Casa en que Jesús pasó su infancia en compañía de José y de María, y la cual se hallaba entonces en la Dalmacia, á donde había sido llevado desde Nazaret por ministerio de los ángeles, cuando las huestes agarenas se apoderaron de la Palestina. En Dalmacia permaneció la Santa Casa, lejos de las profanaciones de los infieles, pero también ignorada de la generalidad de los cristianos, hasta que en el Pontificado de S. Celestino V, año de 1295, viajando por los aires, descendió suavemente sobre la colina de Loreto, y se posó al abrigo del castillo de los Condes de Aquino. Ya entonces habían muerto Landulfo y Teodora, habían fallecido también sus hijos, y era Conde de Aquino uno de sus nietos. Desde la instalación de la Santa Casa, Loreto se fué transformando en un Santuario, á donde acudían innumerables romeros procedentes de todas las naciones católicas; pero en 1236, era un espacioso Castillo feudal y en él vivía el Conde de Aquino con su numerosa familia.

De los cinco hijos de los Condes, Tomás era el menor de ellos. Contaba á la sazón diez años. Cinco años había permanecido, en clase de educando, en el famoso Monasterio de Monte Casino, en el cual se educaban los hijos de los nobles en los primeros principios de la religión y de las humanas letras. El Abad de Monte Casino declaró á los Condes, que el niño Tomás había aprendido, y poseía con perfección, á pesar de sus pocos años, y gracias á su maravillosa inteligencia y á su aplicación asidua, cuanto en el Monasterio se enseñaba á los jóvenes que desde allí iban á las Universidades para cursar estudios superiores. Y aún más ponderó la piedad extraordinaria que los talentos que adornaban al noble alumno. Y que en los brillantes informes del sabio Abad no tuviera parte alguna la lisonja, vióse prontamente comprobado por la conducta toda de Tomás, quien á los diez años poseía la discreción y prudente formalidad de un hombre provecto, juntamente con una piedad que hubiera sido laudable ornamento del Religioso más ejercitado. Conservaba toda la candorosa sencillez y la inocente ingenuidad que había llevado al Monasterio, cuando en él ingresó á los cinco años, y había al mismo tiempo adquiri-

do un dominio tan completo de sí mismo, que ni la prosperidad le exaltaba, ni le abatían las contrariedades, ni le inmutaban los acaecimientos más trascendentales é imprevistos. La serenidad de su semblante, la suavidad constante de su temperamento, su mansedumbre llena de dignidad y de decoro, su dulzura inagotable unida á una modestia que imponía respeto, acusaban en Tomás la posesión de la gracia divina, que era la reguladora de todas sus acciones. Entre la multitud de gentes, hombres de armas, ayudas de cámara, pajes, dueñas, criados que en su casa había, vivía tan recogido, tan concentrado en su interior, tan ocupado en Dios, como si el Castillo de Loreto fuera el Monasterio de Monte Casino, En esa edad en que el hombre se dirige constantemente á impulso de las impresiones exteriores, Tomás había logrado ya la vida interior, esa vida que se desarrolla en presencia de Dios y que sólo actúa por motivos sobrenaturales; y por esto se le veía continuamente empleado en la oración, en el estudio, en ejercicios serios y provechosos, en el alivio de las miserias ajenas. Intercedía siempre por los pobres que llegaban á las puertas del Castillo; les distribuía por su propia mano las limosnas que sus padres les dispensaban, y añadíales parte de su propia comida. Descubierta por el Conde la predilección de Tomás por los pobres, le otorgó permiso de distribuirles cuanto quisiese á discreción, bien que de esa libertad hizo siempre un uso prudente, que se la aseguró para lo sucesivo.

Los Condes estaban admirados y orgullosos de las nobilísimas prendas morales é intelectuales que tanto resplandecían en el menor de sus hijos. Aunque satisfacía á su amor propio la afición que Landolfo y Reinaldo profesaban á las armas, y esperaban ver en ellos reproducidas las gloriosas hazañas de sus mayores, no llevaban á mal el que Tomás prefiriera las pacíficas tareas literarias, para las cuales el cielo le había dotado de singularísimas aptitudes, mientras que su carácter pacífico, dulce é imperturbable, le predicaba como inepto de todo en todo para las estruendosas ocupaciones militares. Sobre este punto habían conferenciado ya varias veces el Conde Landulfo y la Condesa Teodora, y habían convenido en permitir á Tomás que se consagrase de lleno al estudio de las ciencias. La Condesa en especial, tenía el presentimiento de que su hijo, dado su fenomenal talento, y habida cuenta de su piedad prematura, llegaría á ocupar los más altos puestos de la jerarquía eclesiástica, mayormente contando con el favor de la Corte imperial, pues que su marido el Conde, tío del actual Emperador Federico II, habíase granjeado gran reputación y preclaros merecimientos, al ayudar eficazmente á su primo hermano Enrique VI en la conquista de la Italia meridional, que éste reclamaba como dote de su esposa, hija del Emperador de Constantinopla. Mas no convenían Landulfo y

Teodora en el modo de proporcionar á Tomás los estudios universitarios. El Conde opinaba que Tomás debía trasladarse á la Universidad de Nápoles, fundada doce años atrás por Federico II, y á la cual este Emperador protegía con largueza soberana, exigiendo de sus súbditos de Italia que no acudieran á ninguna otra de las Universidades: esta medida había sido dictada en odio á la Universidad de Bolonia. La Condesa temía que el ambiente que se respiraba en los claustros universitarios de Nápoles, empañara el limpio candor del inocente Tomás, y prefería retenerlo algunos años en su compañía, procurándole maestros idóneos que le guiaran en la adquisición de los humanos conocimientos.

—¿No veis, Conde, que nuestro hijo es demasiado sencillo, candoroso é ingenuo, para alternar y confundirse con la muchedumbre abigarrada de estudiantes que frecuentan las aulas de la Universidad, y cuyos ejemplos pueden ser fatales para su inocencia?

—Así sería, en efecto, Señora, si colocáramos á Tomás en una casa de pupilos caballeros, sin otra salvaguardia que un ayuda de cámara y un paje de sus años. Pero no ha de ser así. El decoro de nuestra casa, y el deudo tan próximo que nos une á la familia imperial, reclaman que Tomás viva en casa independiente, bajo la tutela de un noble caballero, que de él responda, que le atienda, que le acompañe, que le autorice, y en todo le proteja y le sirva. Tú misma puedes elegirlo entre nuestros más fieles vasallos.

—Pero ya que hablásteis, Conde, del decoro de nuestra casa y del parentesco con el Emperador, ¿no atenderíamos mejor á lo que á nosotros y á la familia imperial debemos, llamando á nuestro lado á hombres eminentes por su saber, y confiándoles la educación científica de nuestro angelical Tomás?

—En manera alguna: la campaña que el Conde mi padre hizo en la Italia Meridional, para asegurarla á su cuñado Federico I y á su sobrino Enrique VI, ligan tan estrechamente nuestra casa á la de Suavia, que es para nosotros un deber el mandar á la Universidad de Nápoles á nuestro Tomás, por tener el Emperador empeño decidido de que esa Universidad prospere y florezca y atraiga á sí á la juventud florida de toda la Italia. Federico II se manifestará complacidísimo de esta nuestra resolución, por creer que nuestro ejemplo será seguido por otras familias nobles italianas.

—Pero fijaos, Conde, en la tierna edad de Tomás, que no ha cumplido aún sus once años. ¿Creeis que no será el más joven de los escolares universitarios? Hasta me temo que su juvenil inteligencia no pueda alcanzar las explicaciones que los Profesores hagan á sus alumnos.

—Sobre este particular me atengo á las seguridades que nos

dio el Abad de Monte Casino, quien no sólo considera á Tomás en aptitud para seguir á sus condiscípulos de Universidad, sino que está en la convicción de que sobresaldrá entre todos los más aprovechados. Vos misma me habeis hecho observar varias veces que su discurrir es más propio de hombre que de niño.

—De todas maneras debeis convenir, en que serían mayores sus progresos en las ciencias, si puesto á nuestra vista bajo la dirección de un docto Profesor, recibiera de éste lecciones del todo acomodadas á su capacidad y á sus años. Y preparada así su inteligencia y robustecido su espíritu y desarrollado su cuerpo, podría ir de aquí á algunos años á Nápoles, con menos peligro de la inocencia de sus costumbres. No me opongo á que curse en la Universidad, pero creo que es demasiado joven para separarlo de nuestro lado.

—Durante cinco años los monjes de Monte Casino le han observado de cerca, y no temen para Tomás esos peligros que á Vos tanto os asustan. Precisamente fué recomendación de ellos el que cuanto antes le presentáramos en la Universidad, prometiéndose mucho de sus extraordinarios y precoces talentos, ayudados con las ventajas de la emulación y con la comunicación recíproca de las especies adquiridas en los estudios. En cuanto á sus costumbres, ya sabeis que los buenos monjes creen que Tomás es un Santito, y que nadie es capaz de separarlo de su Dios, en cuya presencia anda siempre y de quien vive enamorado. Por lo demás, ya os he dicho que tengo mi plan formado, para que Tomás viva en Nápoles con la seguridad que reclaman sus pocos años, y con el decoro que corresponde al rango de nuestra familia. Sólo falta que vos escojais entre las familias nobles de nuestros Estados, la que os inspire más confianza para que, trasladada por nuestra cuenta á Nápoles, viva al cuidado de nuestro Hijo.

—Dadme, Conde, algunos días de tiempo, y espero que la familia en que yo me fije será también de vuestro agrado.

—Desde ahora, discreta Teodora, apruebo y confirmo vuestra elección.

*
* *

Era Tomás acaso el más joven de los discípulos que concurrían á la Universidad de Nápoles. El primer título que en aquellos tiempos se confería en las Universidades era el de Maestro en Artes, para lo cual se necesitaba haber estudiado seis años á lo menos y tener veintiuno de edad, y esto fijaba en los catorce ó quince años la edad más á propósito para ingresar en las Universidades. Tomás tenía sólo once años. Aprendió la Retórica con Pedro Martín quien se gloriaba de tener en Tomás al alumno más aventajado de cuantos frecuentaban las aulas de Retórica. Después cursó Filosofía en la cátedra de Pedro de Hibernia, uno

de los hombres más sabios de su siglo, quien según la costumbre de aquel tiempo, no dictaba sus lecciones á los escolares, sino que explanaba los puntos anunciados, haciendo como una disertación ó arenga acerca de cada uno de ellos, y fijando la atención de los alumnos, á quienes no se permitía copiar las lecciones explicadas, sino únicamente tomar de memoria y en privado algunas breves notas que fijaran los puntos capitales. De tanto en tanto exigía á alguno de los escolares que explicara alguna cuestión ya por él aclarada. El preferido para estos ejercicios era D. Tomás de Aquino, de quien afirmaba su sabio y famoso Profesor, que repetía las lecciones con más claridad que su maestro se las había enseñado. Más adelante Alberto Magno hizo igual confesión desde su cátedra de Colonia, añadiendo que Tomás aprendía mucho más de lo que se le enseñaba, porque los conocimientos que se le proponían, una vez se los había asimilado, servían como de alas para que su inteligencia se remontara á regiones todavía no recorridas por sus propios Profesores. No era vivaz y rápido el entendimiento de Aquino; pero era seguro en su mirada, sostenido en su atención, y aunque con lentitud, iba siempre derecho al fondo de las cuestiones, y las penetraba hasta en sus más recónditos senos, y descubría su íntima razón y sus variadas relaciones, y lograba siempre deslindar en ellas lo verdadero de lo falso, lo seguro y cierto de lo opinable y dudoso. Su memoria era tan tenaz que retenía con fidelidad, cual si quedara en ella estereotipado, cuanto leía ó escuchaba.

Pero su mayor cuidado era adelantar diariamente en la ciencia de los Santos, en el conocimiento y amor de Dios, donde únicamente quedaban satisfechas sus generosas aspiraciones. Tan bien centrado se hallaba su espíritu recreándose en Dios, que jamás pensó pudiera hallar complacencia y reposo divirtiéndose en las criaturas. Se hubiera dicho que carecía de pasiones y que ignoraba los estímulos de la concupiscencia, dado el equilibrio que reinaba en su privilegiada naturaleza. Persuadido de que las criaturas no habían de llenar la capacidad de su alma, y que ésta menos que con Dios no había de quedar satisfecha, ni por un instante sirvió al mundo y á sus vanidades, ni por una sola vez condescendió con sus apetitos inferiores. Guardaba los ojos con una precaución extrema; excusaba enteramente toda conversación con mujeres, y aún con los mismos hombres, á menos que fuese con aquellos cuya virtud constante le asegurase del temor de relajar su conducta. Cuando otros iban á diversiones profanas, él se retiraba á alguna iglesia, ó á su propio aposento, y allí se entregaba á la oración y buscaba su único placer en ella. Su humildad era ingeniosísima para ocultar á los demás sus prendas; pero á veces la caridad usaba de traición con su modestia, haciéndola patente á los ojos de todos, especialmente en sus abundantes limosnas, por las que se privaba á sí mismo de casi todas las cosas.

Toda la persona de Tomás irradiaba cierto suave perfume de virtud, que imponía respeto aún á los escolares más disolutos. Ninguno de ellos se atrevía en presencia de nuestro joven á hacer ostensión de la licencia de costumbres: la llegada de Tomás cortaba las conversaciones menos decorosas; y los estudiantes que rendían culto á la virtud, se esmeraban en granjearse su amistad y aprecio. Así es que no corría su inocencia aquellos peligros que tanto habían alarmado á su cariñosa madre. Mayormente que por este tiempo había contraído íntima familiaridad y tenía frecuentes conversaciones con un Religioso Dominico, hombre verdaderamente justo y recto, que le guiaba, por las sendas de la virtud más acendrada, hacia las cumbres de la perfección cristiana. De donde resultaba que era en él cada día más irreconciliable la aversión que sentía hacia el mundo y sus pompas y vanidades, y más ardoroso el deseo de consagrarse plenamente al servicio de Dios nuestro Señor. Pedía á Dios con instancias que le manifestara los designios que tenía acerca de su persona, protestando hallarse aprestado á su cabal cumplimiento; y cuanto más urgentes eran sus oraciones, más vehemente deseo experimentaba de ingresar en la Orden de Predicadores, renunciando completamente al brillante porvenir que el mundo le ofrecía. Sabía la oposición que los Condes sus padres habían de hacer á su propósito de vestir el hábito religioso, y por esto trataba con ahinco de cerciorarse de su vocación religiosa, prolongando sus oraciones, aumentando sus penitencias, estrechando su recogimiento y multiplicando sus consultas.

UN ACADÉDICO.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE POLÍTICA CATÓLICA

XII

Mi querido Conrado: Mucho me place el alegrón que te ha dado la lectura de mi última carta, y hasta me acosa un cierto remordimiento al tener que advertirte, que has procedido con cierta ligereza, deduciendo consecuencias lisonjeras de premisas mal interpretadas. Después de recordarme aquel pasaje de mi carta que dice: «si la Nación ve en la usurpación un crimen, y protesta contra el nuevo orden de cosas, y da á conocer que sólo se inclina ante una fuerza insuperable, reconociendo el derecho de soberanía en el vencido, y no en el vencedor, entonces, por más que éste ejerza de hecho el poder supremo, no por esto debe ser considerado como jefe legítimo, como ministro de Dios, como

instrumento de la Providencia, ya que su continuación en el goce del poder implica un desorden, una perturbación moral, un malestar social, que no puede ser por Dios querido, que no puede formar estado, que debe desaparecer cuanto antes posible y á costa de cualquier sacrificio:» pretendes que ahí está el argumento Aquiles con el que vuestro partido canoniza la actitud de protesta, de oposición sistemática, en que se halla respecto de las instituciones vigentes. Las cuales, entiendes tú, que han sido impuestas á la nación española, por la fuerza, por la astucia, por la traición, precisamente para explotarla, para conducirla por caminos que no quiere recorrer, para uncirla al carro de la Revolución triunfante, para pasearla por los maldecidos campos de la apostasía, doblando las páginas gloriosas de su historia y ahogando los acentos de su indignación y los gritos de su protesta contra tamaño envilecimiento.

«Aun admitiendo tus principios, me dices, y la interpretación que das á los textos bíblicos y conciliares que has, con tanta abundancia, amontonado, no veo yo que aquí, en España, se haga obligatoria la aceptación de las instituciones que nos rigen, y menos aún el apartamiento de cuanto pueda sacudirlas y debilitarlas. Yo admito todos esos textos, todas esas autoridades, inclusa la de Suarez, y no repararía en contribuir á la pronta desaparición del orden establecido. Porque, si, como tú quieres, los designios de la Providencia acerca del régimen de los pueblos, se manifiestan, más que por los hechos materiales realizados, por el orden social establecido y aceptado, y si, como enseña Suarez, la comunidad organizada es la que de Dios recibe inmediatamente el poder, para concretarlo á su arbitrio en una persona ó en una institución, claro está, que habiendo los españoles, en su inmensa mayoría, permanecido fieles á las instituciones tradicionales, y siendo el régimen moderno una imposición violenta de minorías audaces y revolucionarias, no puede este último formar estado definitivo, ni puede ser considerado como producto elaborado por la Nación española, por la sociedad organizada. Mientras la mayoria de los españoles no renuncien á sus tradiciones políticas, declarándose partidarios de las formas modernas de Gobierno, éstas constituirán un hecho anormal, que puede y debe ser destruído, como contrario al orden providencial preexistente y á la voluntad de la comunidad preconstituída.»

Ese discurrir tuyo, querido Conrado, sería lógicamente irreprochable, si no partieras de un supuesto equivocado. Siguiendo á los Periódicos de tu partido, afirmas como hecho indiscutble, y pones como premisa mayor de tu argumentación, el que la mayoría de los españoles quiere y desea la restauración del organismo político que tú defiendes, y sacas de ahí la consecuencia, de que son ilegitimos los poderes violenta y accidentalmente

constituídos contra el voto general de los españoles. Ahí de tu error. Porque en cuestiones de legitimidad, no se suman los votos de todos los nacionales, ni aún los de aquellos que tienen derecho á votar, sino única y exclusivamente los de aquellos que de hecho votan, ó si quieres, los de aquellos que de una ú otra manera hacen constar su opinión y deseo acerca de la cosa política. Los que viven retraídos de los asuntos políticos, implícitamente renuncian á sus votos, y éstos deben sumarse con los de la mayoría vencedora, para consagrar la legitimidad de los poderes establecidos y aceptados. Por donde, no basta para conferir ó retener la legitimidad, la presunción, ni aún el hecho no exteriorizado, de que la nación en general prefiera éste ó aquel régimen; sino que es preciso que esa voluntad nacional se haga ostensible y se traduzca en actos significativos, los cuales serán como protesta valedera contra el monopolio ejercido por minorías audaces ó afortunadas. Que en realidad de verdad la mayoría de los españoles esté á vuestro lado, ó milite en las filas liberales, ¿quién debe decidirlo? Y hasta que se averigüe el deseo de la mayoría efectiva, ¿quién ha de empuñar las riendas del Gobierno? Vosotros sosteneis que la Nación prefiere vuestro sistema, y en su nombre y para su bien pedís el poder; pero al mismo tiempo lo reclaman para si los liberales, por que, á su decir, el espíritu público simpatiza con ellos y os rechaza á vosotros; ¿quién invoca un derecho más respetable á la legitimidad?

Esa cuestión se ha ventilado varias veces en el terreno de la fuerza, y las armas os han negado el derecho que reclamabais. Se ventila con frecuencia en el terreno del sufragio electoral, y salís constantemente derrotados por las fracciones opuestas. Sin embargo insistís en que sois mayoría en la nación, y quereis explicarnos esas derrotas sufridas en el campo de batalla y en el secreto de la urna, alegando los manejos de las sectas secretas, la presión oficial, el retraimiento de los vuestros, y qué sé yo cuántas otras consideraciones más ó menos pertinentes. Pero es el caso que la prueba no parece, y que estais empeñados en que se os crea bajo vuestra palabra, mientras los adversarios oponen á vuestra afirmación sus afirmaciones, y las corroboran además con los éxitos obtenidos, que constituyen prueba plena en esta clase de litigios.

Otra comprobación de vuestra inferioridad numérica, os presentan los partidos liberales en las listas de suscripción á los Periódicos políticos. Porque es un hecho innegable que vuestros Diarios políticos son los que arrojan menor número de suscriptores. No los comparo con los Diarios ultraradicales, que atizan las pasiones y viven del escándalo, ni con los Diarios entregados á los odios sectarios ó á las hediondeces pornográficas; sino que puestos en comparación con los Diarios, órganos de los diversos partidos políticos, son los vuestros los que acusan menor núme-

ro de lectores, y aún dudo que poseais alguno que llegue á cubrir gastos y pueda vivir sin ser subvencionado. Tampoco por este lado aparece esa mayoría por vosotros tan cacareada.

Es verdad que tampoco los partidos liberales pueden asegurar que con ellos esté la mayoría de la Nación. Ni las elecciones ni las listas de suscripción, prueban ese aserto, sino que demuestran más bien que la mayoría de españoles viven alejados de las contiendas políticas, sin que ningún partido pueda gloriarse de representar las aspiraciones del mayor número. Mas vosotros os habeis empeñado en que la España liberal acude á las urnas y lee los Periódicos de su preferencia, no habiendo en España más liberales que los que votan sus candidatos y están suscritos á sus Periódicos; mientras que la España tradicionalista, permanece quieta en su casa y se abstiene de las lecturas periodísticas, y sólo una mínima parte de ella emite el sufragio y coopera á la suscripción del Periódico. De lo cual deducís que con vosotros está toda la España que no se ha afiliado al sistema liberal. Y lo lógico no es eso, querido Conrado. Esa España que vive apartada de la política, que no se toma la molestia de emitir su voto electoral, que no quiere hacer el mínimo sacrificio de suscribirse al Periódico que se le recomienda, esa España, ni está con vosotros, ni está contra vosotros; esa España está siempre con los vencedores, porque quiere paz, orden y reposo, y teniéndolos, se ríe de los políticos de todos los matices. Si pudierais contar con ella, entonces sí que seríais mayoría en la Nación; y hasta podríais invocar en favor de vuestro ideal político la teoría de los hechos providenciales y las doctrinas de Suarez y otros tratadistas católicos; porque providencial sería la persistencia de los españoles en reclamar la restauración de las formas tradicionales de Gobierno, y sin ese retorno á lo antiguo, no habría orden social, ni paz duradera, ni reposo afianzado. Los partidos liberales serían una minoría turbulenta, contra la cual tendriais derecho á protestar en nombre de la Nación oprimida y humillada. Mas ahora pueden protestar contra vosotros, en nombre de la Nación, que quiere orden, paz y sosiego, los partidos que empuñan las riendas del Gobierno, y que en el vuestro no ven sino una minoría que mantiene en perturbación constante el orden social, bien supremo al cual todo debe subordinarse.

Si bien te fijas en el fondo de la teoría que voy defendiendo, observarás que sólo accidentalmente se opone á las aspiraciones de vuestro partido. En ella no se niega que vuestro programa sea aceptable y á propósito para labrar la felicidad de la Nación; no se afirma que las formas de Gobierno modernas sean preferibles á las antiguas; no se os acusa de que aspireis al triunfo legal y pacífico de vuestros ideales; nada de eso se discute, nada de eso se afirma ni se niega; sino que, prescindiendo de si el tradicionalismo sería conveniente ó perjudicial, y de si convendría

ó no desterrar las modernas instituciones, se afirma la necesidad, el deber de vivir dentro del orden establecido, el deber de acatar las autoridades constituídas, de reconocer el modo de ser que la Nación providencialmente se ha dado. Y al proclamar esta regla fundamental de conducta, basada en la doctrina revelada y en la tradición cristiana, ni se hace profesión de liberalismo, ni se hace profesión de tradicionalismo, sino que únicamente se inculca el deber sagrado de aceptar la verdad católica con todas sus naturales consecuencias. Si mañana vosotros fuérais gobierno y formárais una situación política estable, toda mi doctrina vendría en apoyo vuestro, y vosotros mismos la invocaríais para afianzaros en el poder. Yo la acepto con lealtad, porque creo que es doctrina genuinamente católica, y sin embargo, detesto como el que más, esos sistemas modernos, constitucionales y parlamentarios, que son una importación del estranjero y que á nada bueno pueden conducirnos Creo que es la doctrina más antiliberal que puede idearse, porque es esencialmente antirevolucionaria, es esencialmente conservadora, es esencialmente contraria á los hechos de fuerza empleados como expediente político.

Jamás, querido Conrado, he defendido un determinado programa político: jamás he descendido á la política de partido. Veo que, constituída normalmente una nación, es obligatoria la obediencia á los Poderes legales, y afirmo esa obligación, prescindiendo de si favorezco ó perjudico los intereses de esta ó de aquella agrupación política. Yo no entro en el examen y discusión de los programas por los diversos partidos formulados; sino que teniendo en cuenta la situación política en España creada, sostengo que es deber de los españoles católicos obedecer á los que en nombre y en representación de Dios ejercen la soberanía, y añado que esto mismo ha enseñado León XIII, y que esa doctrina es la tradicional en la Iglesia, y que se halla además contenida en las Santas Escrituras. ¿Por qué no me combatís en este terreno? ¿Por qué os limitais á decir un día y otro, que soy adversario de vuestra comunión política?

Cuenta con el sincero afecto que te profesa tu amigo y S. S. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 12 de Septiembre de 1892.

UNA LÁGRIMA Y UNA SONRISA

En una de las regiones etéreas del inmenso espacio, donde no hay seres que respiren, ni carne que se corrompa, y en donde sólo se siente el hálito de Dios, que llena el universo mundo, halláronse un día, sin saber cómo ni darse al pronto razón de por qué, una lágrima y una sonrisa que procedían de la tierra.

Semejaba la primera una cristalina gota de rocío, pura y brillante, que irradiaba todas las luces y prismas de las piedras preciosas. La sonrisa se habia convertido en una nube nacarada y tenue, que esparcía una fragancia como si todas las violetas de los bosques le hubiesen dado la esencia de su perfume.

—¿Por qué dejas la tierra, díjole la Lágrima, si eres el ornato más hermoso del humano semblante, la expresión de la ventura y el gozo de los hombres, y el signo de su amor y su bondad? ¿Por qué has huido de los labios en que te formaste y te refugias en estas soledades del éter, por donde vagas incierta, sin que á nadie cautives con tu dulce atractivo?

—Abandoné el mísero planeta donde la humanidad llora y se despedaza, contestó la Sonrisa, porque allí me hubieran confundido con otras hermanas mías, no tan puras ni tan santas como yo.

Con ser tan breve mi experiencia, me enseñó que la sonrisa sirve las más de las veces de careta con que los hombres se engañan unos á otros. Yo misma me sonrojaba del papel que ví representar á algunas hermanas mías, cuando, merced á su traidora aparición en el semblante, algún corazón se confiaba incautamente á su peor enemigo, algún poderoso tomaba la vil adulación por señal de segura amistad y sincero aplauso, y brazos honrados estrechaban contra un pecho leal al infame traidor que preparaba una villanía. Pero ni las que son santas y puras, las de la edad de la inocencia, la de los castos amores, la del cariño materno, la de la piedad filial, la que sugiere el éxito honrado, la que inspira el ajeno bien, la que producen los verdaderos placeres del alma, las maravillas de la naturaleza, las joyas de las artes y las letras y, finalmente, las que se reflejan en el semblante como destello de la tranquilidad de la conciencia, tienen la santidad y pureza que puso Dios en mí.

Yo me formé en el semblante de una moribunda, cuando toda esperanza de salud se desvaneció, cuando comenzaron á abrirse las puertas de la eternidad para el alma pacientísima, de cuyos últimos afectos en la tierra fuí yo sincera expresión.

Aquella mujer fué verdadero modelo de resignación y fortaleza, en las terribles luchas y crueles padecimientos con que tuvo amargada la existencia; hasta que, agotadas sus fuerzas, pronun-

ciando el nombre adorable ante quien se postran todas las criaturas, expiró dulcemente conmigo en los labios.

En su semblante permanecí muchas horas más, hasta que la muerte la desfiguró por completo. Y al ver rotos los vínculos que me unían á la humana criatura, llegué cruzando la celeste atmósfera á estas regiones, donde no me veré mancillada ni seré instrumento de engaño, y donde si alguien me viere, me creerá tal cual soy verdaderamente, es decir, hija de la bondad y el sacrificio, sencilla y espontánea, expresión sincera de la resignación y la esperanza, del amor y la virtud.

—Nosotras, repuso la Lágrima, tenemos también hermanas que nos sonrojan, capaces de trastornar una conciencia, desgarrar alevosamente un corazón y perturbar una familia, pero obedecemos generalmente á afectos tiernos y elevados, y la fuerza que nos lanza á las mejillas suele ser más honda y enérgica, que la que os dibuja á vosotras en el semblante humano. La ira y la desesperación tienen lágrimas; las tiene igualmente la envidia y ni el orgullo abatido carece de ellas.

Una lágrima encierra á veces una noble aspiración, á veces una íntima alegría; ya un recuerdo doloroso, ya una fe inquebrantable; ora un profundo desconsuelo, ora una alegre esperanza. Las que brotan de los ojos del hijo cuando la muerte le deja huérfano; las que declaran la sinceridad de un corazón víctima del olvido; las que nacen ante las desventuras de la patria; las que mueve la compasión; las que hace verter un buen libro, esas son lágrimas santas que dan consuelo y ennoblecen al hombre. Pero cuando valen más y están más altas y son más útiles, y tienen más precio, es cuando brotan de un corazón arrepentido y lavan las manchas de la culpa.

Un desgraciado rodaba por el mundo, encenegado en el vicio, la incredulidad y la depravación. Sin fe, sin ideales ni aspiraciones, su vida era de escándalo y vergüenzas. Pero la gracia le tocó un día y el primer signo exterior de su enmienda fué una lágrima de arrepentimiento que tembló entre sus párpados.

Yo fuí aquella lágrima; yo fuí aquella gota purísima de inestimable valor. Y me encontré tan pura, tan hermosa, tan sublime, que á todas mis hermanas las hallé pobres, frías y humildes, comparadas conmigo; pues ni la ternura de una madre, ni el amor patrio, ni la sincera amistad, ni el enamorado afecto, ni la cristiana compasión, ni ningún otro sentimiento humano, por grande y delicadó que sea, pueden compararse al grito de un alma regenerada, que detesta con lágrimas de verdadera contrición su ceguedad y sus maldades. Y aquí concluye mi historia, pues en el punto mismo que broté en los ojos de aquel hombre arrepentido y corría por su pálida mejilla como lluvia vivificadora, me evaporé; y no queriendo perderme en la confusión de mil y mil extrañas cosas de la tierra, impulsada por la misma divina

fuerza que me había hecho brotar, me lancé á estos espacios en que me ves ahora, y voy camino del cielo á postrarme ante Dios, como la ofrenda más pura de un corazón creyente y dolorido.

Calló la Lágrima; miróla con admiración la Sonrisa, y rodeándola ésta suavemente con sos flotantes gasas como de una aureola, y uniéndose las dos de este modo, prosiguieron su camino por la inmensidad etérea, nueva constelación del firmamento, más hermosa que las que forman los astros, y más pura también, como que consiste en la divina esperanza y el divino perdón.

LA FE

¡Bella es la aurora de la vida, cuando
Risueño en lontananza,
Por el rosado Oriente va asomando
El astro encantador de la esperanza.

Bella es la vida cuando empieza apenas
El mortal su carrera,
Y sin dolor, sin lágrimas, sin penas,
Pasa los años de su edad primera!

Entonces marcha su barquilla erguida
Entre alegres canciones;
En la feraz ribera de la vida
No soplan los airados aquilones.

El seno de una madre cariñosa,
Ese es su amor, su anhelo,
No cuida si tormenta borrascosa
Amaga oscurecer después su cielo.

Pero pasan en raudo torbellino
Los años de la vida,
Y se encuentra el mortal en su camino
Lejos ya de la margen florecida.

Un cielo de doradas ilusiones
Brillar lejano mira;
Aunque lo oculten negros nubarrones,
Por ese cielo el corazón delira.

Y allá gozoso va, no oye que brama
La tempestad bravía,

La voz del corazón allá lo llama
Sólo arribar allá su pecho ansía...

Mas, al tocar la playa apetecida,
¡Dolorosa mudanza!
Se oscurece en el cielo de la vida
El astro encantador de su esperanza.

Las flores que brotaban purpurinas
En la feraz ribera
Se trocaron en hórridas espinas
Cuando huyó la risueña primavera.

Ya no sopla la brisa rumorosa
De la margen umbría,
Al dejar la ribera deliciosa
Se ha convertido en tempestad bravía.

Y su pobre bajel gime azotado
Por encontrados vientos;
¡Ay! ¿quién entonces en el mar airado
Escuchará sus lúgubres lamentos?

Tú, Señor, cuya diestra no vencida
En el abismo impera;
Tú al hundirlo en los mares de la vida
Dijiste al hombre con amor: «espera.»

Y al ver que su barquilla delirante
Al abismo se lanza,
Le señalas un faro rutilante,
Le señalas un astro de esperanza!

Ese faro es la Fe, luz esplendente
Que al espíritu alienta,
Brillando entre las nieblas de la mente
Como un rayo de sol en la tormenta.

¡Que brille, oh Dios, ese celeste guía
De mi existencia ruda,
No envuelva sin su luz al alma mía
La tenebrosa noche de la duda!

LUIS JACINTO SANTAMARINA.